



FRAY BENITO JERÓNIMO FEIJÓO.

Teatro critico universal y *Cartas eruditas* se titulan las dos obras de este sabio: ocho tomos tiene la primera y cinco la segunda, ambas escritas con la idea próspera y laudable de desterrar errores comunes: por espacio de treinta y cuatro años perseveró animoso en el afán árduo y además rudo, porque le llovieron impugnadores: su gran temple de alma y el aplauso de las personas de más luces y su popularidad notoria le sostuvieron de continuo. A la subida de la Biblioteca Nacional está su estatua; en una plaza pública la debíamos contemplar fundida en bronce. Casdemiro se llama una aldea pequeña del obispado de Orense: allí vió la luz del mundo el año de 1676 á 8 de octubre: de catorce años tomó la cogulla benedictina en el monasterio de Samos: con lucimiento cursó artes y teología hasta recibir todos los grados: por oposicion ganó cátedras varias en la universidad de Oviedo: su residencia habitual fué el monasterio de San Vicente por muchos años: desde allí vino dos veces á la corte: maestro general llegó á ser de su órden religiosa; y por mérito le concedió su jubilacion el Real Consejo de Castilla, con lo que se pudo aplicar más de lleno al estudio, y de modo que fecundara las inteligencias de sus compatriotas. Estimacion manifiesta debió á los reyes: Fernando VI impuso rígido silencio á sus contrarios todos, y Carlos III le regaló un ejemplar de las *Antigüedades de Herculano* con lisonjerísimas frases. En 1726 dió á la estampa su primer libro, en 1760 el postrero, y multiplicadas vió las ediciones. Su figura era venerable, su conversacion bienazonada, su trato muy apetecido por gentes de nota, su fama extensiva á los dos hemisferios. Enteras conservó hasta el 25 de marzo de 1764 sus facultades: entonces quedó paralítico y con habla dificultosa; y su muerte fué el 26 de setiembre, no faltándole más que doce dias para cumplir ochenta y ocho años.

Siempre dejan vacío inmenso al tiempo de su desaparicion dolorosa cuantos derramaron en vida la ilustracion como á raudales; y Feijóo perteneció de plano á ese corto número de varones escogidos por la Providencia para ser guias de la humanidad en su peregrinacion por el mundo. Este epitafio dejó compuesto donosamente para su sepultura:

Aquí yace un estudiante
de mediana pluma y labio,
que trabajó por ser sabio
y murió al fin ignorante.

Muy apropiado texto eligió el monje encargado de su oracion fúnebre en la iglesia de San Vicente de Oviedo con estas palabras de Jeremías.—*Si apartares lo precioso de lo vil, serás como mi boca.* Nunca Feijóo tuvo otro anhelo. Con lenguaje fluido y claro, y riqueza de imágenes propias, y abundancia

de sentencias oportunas, y frecuentes citas de textos bien digeridos, y variedad de tonos, su pluma gallarda recorrió el vastísimo campo adonde alcanzan los dominios de la razon humana. Sus exploraciones ahuyentaron de los ojos del vulgo á trasgos, vampiros, brujas, zahoríes y duendes, como engendros fantásticos de almas supersticiosas; y dieron por el pié á las preocupaciones de la influencia de los eclipses y de los cometas en los sucesos de tejas abajo; y declararon erróneas las especies comunes de que la felicidad mora en los palacios y la desventura en las chozas, de que el vicio es todo delicias y la virtud es toda asperezas, y de que el estudio abrevia los plazos á la vida; y desvanecieron falsos milagros, profecias supuestas y tradiciones insustanciales. Muchas páginas consagró el insigne benedictino á clamar por la reforma de la enseñanza, por la persecucion de la ociosidad y la honra del trabajo. Siempre obró como ciudadano libre de la república literaria, al analizar los sistemas filosóficos antiguos y modernos, y al dolerse de que á Aristóteles se le mantuviera punto menos que en la categoría de un Santo Padre. No se le puede considerar forastero en ciencia ninguna: hasta de politica trató y de higiene con expedicion atinada; y su crédito y respetabilidad fueron tales que pudo sustentar sin peligro y á la faz de la Inquisicion todavía muy poderosa que el tormento es un medio sumamente falible para la averiguacion de los delitos. Merecedor se hizo por todo Fray Benito Jerónimo Feijóo de figurar entre las mayores lumbreras de España.

A. F. DEL RIO.

SANTA TERESA DE JESUS.

La ilustre ciudad de Avila tuvo la dicha de que viese la luz en su recinto el 12 de marzo de 1515, la esclarecida doctora cuyo retrato ofrecemos hoy á nuestros lectores.

Fueron sus padres don Alfonso Sanchez de Céspedes y doña Beatriz de Ahumada, de noble linaje.

Desde sus primeros años dió muestras del ardiente celo por la religion que tanto habia de distinguirla, colocándola en los altares á la veneracion de los fieles, despues de su glorioso tránsito, asi como siempre logrará puesto entre los mas clásicos modelos del siglo de oro de nuestra literatura, por las brillantes imágenes, estilo propio y fuerza de raciocinio que admirará en sus escritos el que con alguna detencion los considere.

Sus entretenimientos infantiles reflejaban desde luego el estado de su alma. En compañía de su hermano Rodrigo habilitó en la huerta de su casa dos celdillas, donde ambos se retiraban á orar y hacer penitencia, á semejanza de la que oyeron se habian impuesto los anacoretas del yermo, y no

satisfechos aun, resolvieron con irreflexiva inocencia, ausentarse á tierra de moros con deseo de sufrir el martirio. Ya iban alejados buen trecho de la ciudad, cuando los alcanzó un tio suyo que pudo adquirir noticias del fervoroso intento de los niños,

En tal disposicion de ánimo cumplió Teresa los catorce años, creciendo en hermosura y gallardía, tanto como su espíritu menguaba en el santo celo que antes formaba sus delicias.

Orígen de cambio tan lastimoso era la madre misma de la jóven doncella y una prima con quien de continuo vivía, las cuales, si bien de conducta irreprochable, eran aficionadas en extremo á leer libros de caballerías; en cuyo pernicioso recreo se distrajo la imaginacion ardiente de nuestra santa hasta el punto de obligar á su padre á ponerla de pensionista en el monasterio de religiosas de San Agustin de Avila, para cortar así las malas inclinaciones que amenazaban desarrollarse, alentadas y nutridas con el ejemplo de los devaneos y locuras que de continuo se le ofrecían, pintadas con seductoras frases en las lecturas de su aprecio.

¡Tan cierto es que la virtud mas acrisolada puede dar al traste combatida por las floridas máximas de una literatura perversa! Cuando los venenos se ofrecen bajo su verdadera forma, solo pueden ser fatales para algun desesperado; mas servidos en dorada copa es muy difícil evitar sus horribles efectos, sin apelar al consejo de personas diestras en descubrir el mal.

Salió Teresa del convento arrepentida de los desvarios anteriores, aunque sin propósito de renunciar al mundo. Nunca volvieron á coger sus manos los libros de amores y galanteos que tan perjudicial estrago causaron en su acalorado pensamiento; pero dominada siempre por el noble vicio de la lectura, se ofreció gustosa á leer al pariente que la detuvo con su hermano camino de paises infieles, las epístolas de San Gerónimo, que repasaba el buen caballero deseoso de afirmarse en la resolucion de adoptar la vida religiosa.

Este fué el seguro medio escogido por la Providencia para decidir la suerte futura de su sierva.

Aquellas palabras llenas de unción evangélica llevaron á su alma el convencimiento, y volvió á la clausura en 1535 ardiendo en amor hácia el Divino esposo que consideraba como el único supremo bien á que debía consagrarse.

Pronto se le proporcionó ocasion abundante de merecer. Enfermedades continuas, dolores agudisimos la postraron sin tregua á poco de tomar el velo, y en medio de todos ellos esclamaba cual poseída de arrobamiento divino: «¡O padecer ó morir, Dios mio!» Su resignacion convirtió á un mal sacerdote y en esto vió satisfecha su larga cuenta de padecimientos.

Hallándose en lo mas fuerte de sus males hizo voto de observar la regla del Carmelo en toda la rigidez de los primeros tiempos, trabajando en su reforma mientras le durase la vida.

Publicado su desigño toda la orden se dispuso á combatirle, y la muni-

cipalidad de Avila reclamó contra él como perjudicial y efecto de un espíritu rebelde.

Sin embargo, el pontífice Pio IV mandó las bulas de aprobacion, y se erigió un monasterio con doce religiosas descalzas bajo la advocacion de San José.

Tambien habia obtenido poder para establecer conventos de varones, fundándose el primero en Doruelo por dos cenobitas, Antonio de Jesus y el bienaventurado San Juan de la Cruz.

La historia de la reforma fuera demasiado larga para un artículo de periódico é inútil para la instruccion de nuestros pequeños lectores, baste decir que llegó á fundar la santa treinta conventos, catorce de frailes y diez y seis de monjas, gracias á su perseverancia y sus trabajos, sin que la arderan nunca las contradicciones y contratiempos.

Vivió ventisiete años en el convento de la Encarnacion, donde tomó el hábito, y los veinte postreros en el de Alba y otros en que introdujo la nueva regla.

Volviendo de Burgos á su monasterio de Avila, quiso visitar la casa religiosa de Medina, pero volcó el carruaje y tuvo que detenerse en Alba de Tormes. Agravada su enfermedad á punto de muerte y preguntada donde queria que se depositasen sus restos mortales:—¿Hay en la tierra, contestó, cosa que me pertenezca? ¿No habrá quien me preste algunos piés de tierra?

Murió el 14 de octubre de 1582, fué beatificada en 1614 por Paulo V, y santificada por Gregorio XV en 1622, al cual se unió Urbano VIII concediéndola el título de doctora de la Iglesia.

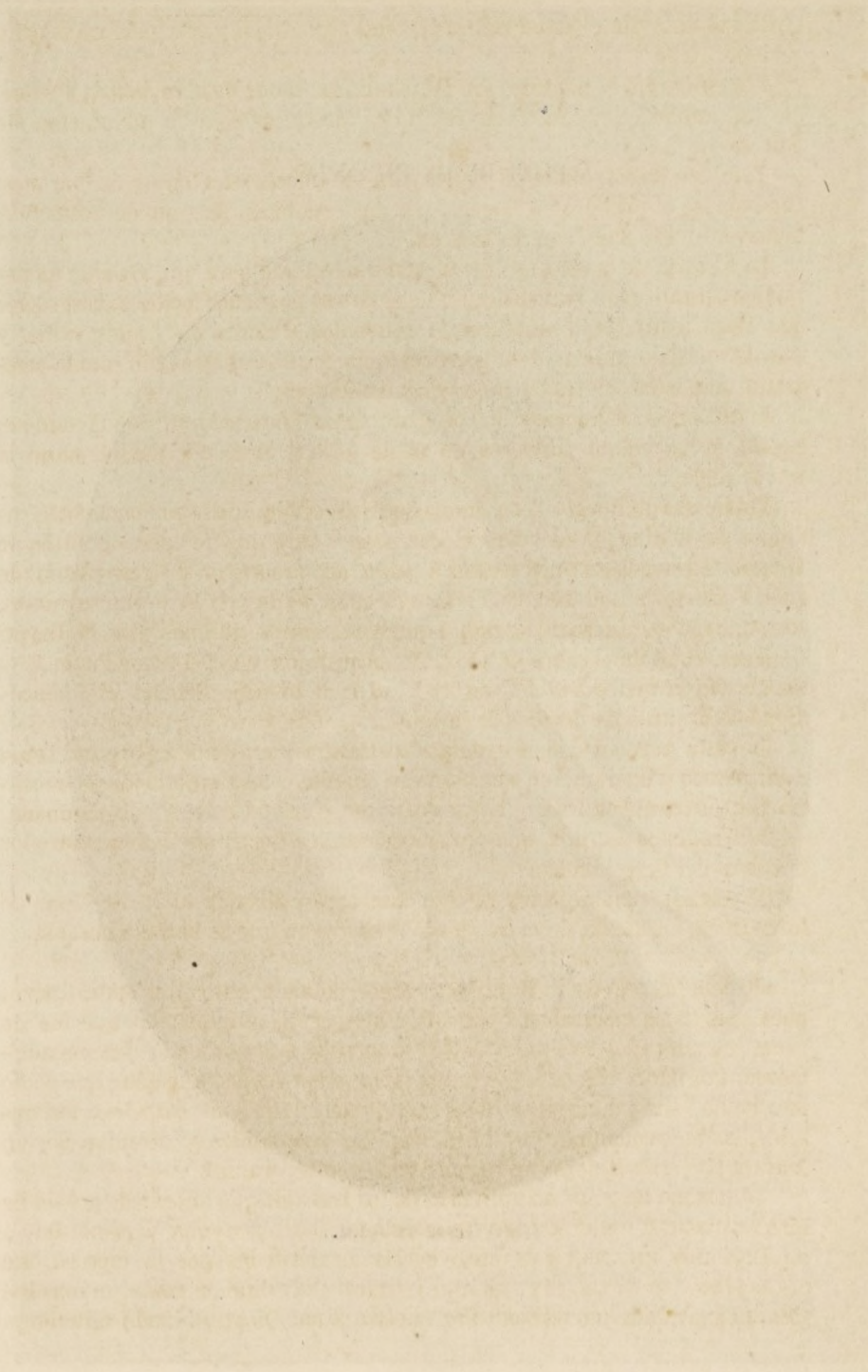
Fué esta santa madre de aventajada estatura y muy buen parecer. Tenia color blanco y ligeramente sonrosado, y cuando estaba en oracion se encendia notablemente su rostro, hermoseándose con una belleza sobrehumana.

Dejó muchos escritos, que por sus celestiales doctrinas figuran entre los primeros del órbe católico.

Ofrecemos cual muestra la siguiente carta, dirigida al P. Fr. Juan de Jesus Roca, carmelita descalzo, desde la cárcel en que se hallaba la santa.

«Recebí la carta de V. R. en esta cárcel, adonde estoy con sumo gusto, pues paso todos mis trabajos por mi Dios y por mi religion. Lo que me da pena, mi padre, es la que VV. RR. tienen de mí: esto es lo que me atormenta. Por tanto, hijo mio, no tenga pena ni los demás la tengan; que como otro Pablo (aunque no en santidad) puedo decir: que las cárceles, los trabajos, las persecuciones, los tormentos, las ignominias y afrentas por mi Cristo y por mi religion, son regalos y mercedes para mí.

»Nunca me he visto mas aliviada de los trabajos que ahora. Es propio de Dios favorecer á los afligidos y encarcelados con su ayuda y favor. Doy á mi Dios mil gracias, y es justo se las demos todos por la merced que me hace en esta cárcel. ¡Ay, mi hijo y padre! ¿hay mayor gusto, ni mas regalo, ni suavidad, que padecer por nuestro buen Dios? ¿Cuándo estuvieron



FLOR DE LA INFANCIA.



Santa Teresa de Jesús.

los santos en su centro y gozo, sino cuando padecian por su Cristo y Dios? Este es el camino seguro para Dios y el más cierto: pues la cruz ha de ser nuestro gozo y alegría. Y así, padre mio, cruz busquemos, cruz deseemos, trabajos abracemos, y el dia que nos faltaren ¡ay de la religion descalza! ¡ay de nosotros.»

He ahí el espíritu de todas sus obras, amar á Dios y gozarse en padecer por su divino amor, y caridad ardiente como natural consecuencia de esta fervorosa pasion, en términos que juzgaba el mas insufrible de los tormentos de Satanás la privacion absoluta en que estaba de amar y ser amado de nadie. ¡Dichosas las almas que en cualquier situacion pueden elevarse á tan celestial ventura!

DIONISIO CHAULIE.

LA DESESPERACION.

Inhumano destino, dura suerte,
Que así te empeñas tanto en abatirme,
¿Cuándo te cansarás de perseguirme
Y yo descansaré de padecerte?
Mas tu cruel constancia ya me advierte
Que has hecho en mi desgracia voto firme
De no dejar con penas de afligirme
Hasta el instante mismo de mi muerte.

Muerte, pues si remedio de mis males
Has de ser, ¿en que tarda tu venida?
Corta ya mis espíritus vitales,
No tu pálido aspecto me intimida,
Pues será el ver que pisas mis umbrales
El único placer que tuve en vida.

JUAN B. ARRIAZA.

LOS PESARES DE UN REY DE CINCO AÑOS.

Mas de una vez sin duda, viendo las suntuosas moradas del palacio de Aranjuez, de San Ildefonso; esos jardines de anchas calles de árboles; esos parques espesos que abrigan en su ramaje los ruseñores, viendo pasar coches dorados, tirados por caballos vigorosos que galopan y relinchan; apercibiendo delante y detrás tanto lacayo tan ricamente vestido, os ha sucedido envidiar la suerte de los hijos de los reyes. Voy á referiros, sobre este particular, la juventud de un rey. Este rey era rey de Francia, cuando la Francia era la reina del mundo civilizado. A ningun príncipe, tal vez, la suerte habia con mas profusion prodigado las probabilidades de la dicha. Hermoso mas que ningun otro hombre en Francia, victorioso en el exterior, en el interior decorado por su pueblo con el titulo de *bien amado*. Os contaré algunas de las penas que han entristecido su infancia primera, por que era rey á los cinco años, y en mi narracion no hallareis un pensamiento, una línea,

una palabra que no sea verdadera y tomada escrupulosamente de la historia.

En el mes de octubre de 1715, Luis XV, de edad de cinco años y siete meses, estaba en Vincennes habitando aquel palacio desde la muerte de su abuelo Luis XIV. El bosque aunque todo despojado de hojas, tenia sin embargo todavía cierto encanto: las primeras nieves habian blanqueado las calles, y las copas desnudas de los árboles, donde saltaban las palomitas, cuyas cabezas de un celeste pálido, contrastaban entonces tan bien con las sombrías tintas del paisaje. Habian vestido de color de violeta (este es el color consagrado al luto de los reyes), al pequeño Luis, demasiado jóven aun para que la idea de la muerte, tan fugaz en los otros hombres, pudiese entristecer su imaginacion, se entregaba con ardor á los juegos de su edad, con los compañeritos que le habian dado. Se trataba para el dia siguiente de una gran partida; habia tambien caido nieve; el rey habia dividido sus compañeros en dos campos, y debia darse un combate con bolas de nieve, por la mañana, antes que los primeros rayos del sol hubiesen comenzado á derretir las municiones de guerra. Soberbios desafíos habian sido dirigidos y aceptados con la misma arrogancia. Luis, jefe de un partido, se habia quedado dormido pensando en el plan de batalla, imaginando emboscadas y hábiles maniobras para sorprender al enemigo y asegurar la victoria á los guerreros que habia puesto bajo su bandera.

Apenas el dia empezaba á clarear, cuando el rey queria levantarse para llegar el primero al campo de batalla, y tomar con anticipacion sus medidas; mas su ayuda de cámara le anunció que madama de Ventadour, su aya, habia prohibido que le vistieran tan temprano. En este momento entró Mr. de Villaroy su ayo, que le repitió diez veces y le hizo aprender de memoria un discurso que debia pronunciar ante toda la córte. El príncipe preocupado y contrariado en su partida que le destruian, daba poca atencion al discurso y no lo retenia. Mr. de Villaroy se impacientaba, y su impaciencia solo servia para intimidar al niño, que entonces lo olvidaba todo.

Madama de Ventadour entró; vistió al rey con un vaquerito plegado, y con mangas pendientes, de un paño color de violeta: le puso un gorrito de cendal violeta, forrado de paño de oro; le puso un cordón celeste que tenia pendientes las cruces de la órden de San Luis y la órden del Espíritu Santo: hasta allí todo iba bien; el traje era hermoso y rico, y Luis se complacia de verse así adornado; mas cuando madama de Ventadour quiso ponerle andadores de tisú, que para indicar su edad se habia decidido anadir á su vestido:—¿Por qué ponerme andadores? decia, ¿acaso mis piernas no tienen fuerza para sostenerme? Mirad, yo corro todo el dia en el bosque sin caerme nunca, salto por encima de los fosos sin hacerme mal; y tambien para mantenerme sentado en una carroza y sobre un sillón, que-reis que lleve andadores. Os advierto que no quiero ponérmelos; se ponen andadores á los niños de pecho.

—Pero, señor, dijo madama de Ventadour, el uso quiere que se os ponga andadores mientras vuestra educacion no esté confiada á los hombres.

—El uso, replicó el reyecito, consiste en poner andadores á los niños que no saben andar; y como yo marchó tan bien como tú, mi querida mamá, no quiero ponerme andadores. Aquí hay ancianos que ya no se pueden tener, podéis ponerle á ellos los andadores; en cuanto á mí no los quiero. No gusto que mis compañeros se burlen de mí.

La discusion fué larga; se necesitó de la autoridad de Mr. de Villaroy y de Mr. Fleury reunidos á la de madama de Ventadour, para decidirle á dejarse poner los andadores, y todavía consintió de la mas mala gana del mundo.

Ya vestido, Mr. de Villaroy le hizo otra vez repetir su discurso, y entraron en el coche. Luis descubria á lo lejos sus compañeritos dando sin él la gran batalla, en la cual habia creído deber tomar una parte tan gloriosa. Se apercebían por entre los árboles, las fortificaciones de todas suertes y los centinelas en sus puestos. Se mantuvo sin hablar todo el tiempo que duró el camino, mas cuando llegó al arrabal, todo el pueblo estaba á las ventanas y en las calles para verle pasar. Se bajaron los cristales de la carroza para mostrar el rey á sus súbditos, que llenaban el ámbito de la ciudad con sus aclamaciones. El frio era vivo; así que se halló que el rey estaba pálido y molesto, aunque en el fondo disfrutase completa salud; pero él tenia de su madre, á la que se parecia singularmente, la particularidad de mudar de color de un momento á otro y muchas veces sin causa alguna aparente.

Habiendo llegado el escudero mayor, le tomó en sus brazos y le llevó desde la carroza hasta la puerta del salon del parlamento, donde el duque Treunes, haciendo el oficio de gran chambelan, lo tomó á su vez y fué á colocarle en su trono, al pié del cual estaba sentada el aya del rey, madama de Ventadour, que él queria mucho, llamándola comunmente mamá.

Luis habia recobrado sus colores; el semblantito serio, que le era natural, le sentaba muy bien en esta circunstancia. Era imposible ver nada mas bello, tenia ojos grandes, negros, que adornaban largas cejas que formaban arcos en sus extremos; su boquita pequeña era encantadora; su larga cabellera color de castaña, caía sobre sus hombros, su talle recto y bien cogido tenia ya una nobleza infantil, á la que tambien daba realce la belleza de sus manos y sus piés.

Entonces empezó el cortejo de todos los cortesanos y de todos los cuerpos del Estado, y la larga letanía de discursos de todas suertes y de arengas, que tenían, entre otras circunstancias, el que eran estremadamente largas. Una ceremonia tal, fatigante para todo el mundo, debía ser insoportable para un niño de esta edad. Sin embargo, se conservó largo tiempo con buen continente y pronunció con gracia un discurso así concebido: «Declaramos al duque de Orleans, regente del reino, para administrar los negocios de nuestros estados, durante nuestra menor edad, conforme al decreto del parlamento del 2 de setiembre.»

Durante largo tiempo escuchó con una tranquilidad que podia tomarse rigurosamente por atencion, las prestaciones de juramento, y cuanto se qui-

so decir delante de él; mas muy pronto pareció distraído y preocupado de una cosa que ocurría á su izquierda; esta cosa era el cardenal de Noailles, prelado muy feo, que además no habia visto jamás, porque en desgracia con el rey difunto, á causa de disputas teológicas, habia mucho tiempo que no venia á la córte. Mr. Villaroy notó esta distraccion, y se fatigó inútilmente en hacer señas con los ojos y la cabeza á su educando para que apartase la vista de Mr. de Noailles, y la fijase de frente ó hácia cualquiera otra parte; la pantomima del ayo no tuvo otro resultado que impacientar del todo al rey, ya muy fastidiado con lo prolongado de la ceremonia; y con una voz llena de mal humor y lágrimas, exclamó: Dejádme, dejádme. En fin, la noche vino á terminar aquel aburrido dia y cuando el rey regresó á Vincennes, la nieve se habia derretido.

La córte de Francia estaba entonces entregada á grandes disensiones: el duque de Orleans, regente, y sobre todo su ministro Dubois, no eran amados ni por el mariscal Villaroy, ayo del rey, ni por Mr. Fleury, su preceptor, ni por el duque de Maine. El mariscal Villaroy, hombre de costumbres severas y de una virtud algunas veces un poco brusca, no podia disimular su aversion al duque de Orleans ni su desprecio al cardenal, y de cuando en cuando dejaba escapar espresiones muy ofensivas.

Bajo el reinado de Luis XIV, el espíritu de partido, aprovechándose de las desgracias que habian arrebatado en poco tiempo toda la familia real, habia atribuido al duque de Orleans aquellas muertes que parecian allanarle el camino del trono. Un rumor que la historia ha hallado calumnioso y sin fundamento, habia acusado al primer príncipe de la sangre de haber envenenado á sus parientes.

Sea que el odio de Mr. de Villaroy le cegase hasta el punto de hacerle realmente dar crédito á esas acusaciones, sea que este odio le hiciera solamente desear que dichas imputaciones continuasen pesando sobre la cabeza del regente, aparentaba no dejar nunca al rey, durante las conferencias que el duque de Orleans tenia con éste, y le inspiraba á su educando las desconfianzas mas alarmantes. Mr. de Fleury, apoyaba al mariscal con todo su poder, y Luis XV, á los siete años, se veia rodeado de enemigos conjurados contra su vida. El no habia conocido á sus padres, el afecto que naturalmente habria tenido á éstos, se habia dirigido enteramente á madama de Ventadour, Mr. de Villaroy y Mr. Fleury, entonces obispo de Frejus.

Por eso tuvo un pesar que se acercaba á la desesperacion, cuando llegó la época en que saliendo de manos de las mujeres, debia, segun el uso, ser confiado al cuidado de los hombres. Madama de Ventadour le vistió por la última vez en presencia de toda la córte, recibió las gracias del regente en nombre de la Francia, por los cuidados que habia tenido de la persona de S. M. y se despidió del rey, segun la etiqueta, besándole la mano. El jóven príncipe, que habia tratado de contener su emocion, se echó en sus brazos y dió libre curso á los sollozos que le ahogaban; Mamá, mi querida mamá, decia, no me dejes.

—Señor, le dijo madama de Ventadour, yo volveré; tened mucho juicio durante mi ausencia.

—Mi querida mamá, respondió llorando, si me dejais nunca podré ser juicioso. Dió á madama de Ventadour el valor de cincuenta mil escudos en pedrería, y la hizo prometer cien veces que vendria á verlo lo mas frecuentemente que pudiese.

Estuvo algunos dias muy triste; muchas damas de la córte se apresuraban á rodearle, pero no ponía atención en ninguna; preguntaba con frecuencia: si *mamá Ventadour volveria pronto*, y lloraba cuando se había pasado el dia sin que pareciera.

Era la época de la feria de Loges. Una mañana el cielo estaba del mas hermoso azul, una faja de nubarrones blancos sobre el horizonte aparecían teñidos de un sonrosado brillante por el sol naciente; los pardillos cantaban debajo de los castaños, y los vapores de la mañana se exhalaban á los primeros rayos del sol apareciendo en el aire el perfume de las flores que habían brotado durante la noche.

Luis miraba por una ventana, y se dejaba llevar de la grata emoción que produce siempre el principio de un dia hermoso. Vió pasar muchos grupos de niños con sus padres. Estaban vestidos de dia de fiesta, y la mas pura alegría brillaba en sus rostros: el rey preguntó que á donde iban aquellos niños, y qué podría causarles tanta alegría. Se le respondió que iban á la feria de Loges, que correrian todo el dia por el bosque, por las verdes y sombrías calles de árboles, y volverian á la tarde cargados de bollos y de juguetes de todas clases.

El rey quiso ir á la feria: se aprovechó con ansia esta ocasion para distraerle de la pena que padecía desde que se retiró madama de Ventadour. Se le vistió y se mandaron preparar caballos. Mr. de Villaroy, su ayo, y el duque de Maine que tenía la superintendencia de su educación, le acompañaban. El rey brincaba de alegría pensando en el placer que iba á tener en San German, durante tan hermoso dia. Le hicieron entrar en el coche en el asiento del fondo de la derecha. Mr. de Villaroy, se presentó en seguida en la portezuela para subir á la carroza, mas Mr. el duque de Maine le detuvo, haciéndole observar, que en su cualidad de príncipe de la sangre, tenía derecho al asiento de honor en el coche, es decir, al asiento de la testera junto al rey; el mariscal replicó que no debía ceder el principal asiento sino al primer príncipe de la sangre, y de modo alguno á Mr. de Maine. Entonces se suscitó una gran disputa entre los dos sobre este asunto; ninguno quería ceder al otro. Mas dijo el rey, *Poneos ambos en la testera, yo iré en la delantera*. Se le respondió al rey que no era factible; y por otra parte, el consejo de regencia solamente podía decidir sobre las pretensiones de aquellos dos señores.

Pues bien, el consejo de regencia, además de Mr. de Maine y Mr. de Villaroy se componía de:

Mr. el duque de Orleans.

Mr. el duque de Borbon.

Mr. el conde de Tolosa.

Mr. el canciller de Francia.

Mr. el mariscal de Huxellas.

Mr. el mariscal de Harcourt.

Mr. el mariscal de Besons.

Mr. el anciano obispo de Troyes.

De todos estos miembros, unos estaban ausentes, otros ocupados en sus negocios ó en sus placeres, no habia posibilidad de reunirlos de improviso. A pesar de sus ruegos y de su mal humor, fué preciso que el rey bajase de la carroza y volviese á sus habitaciones; en vano le presentaron todos sus juguetes, nada le divirtió; por la tarde puesto á la misma ventana no pudo dejar de llorar de nuevo, viendo regresar los niños, que habia visto por la mañana. Parecian mas dichosos que á su partida, si esto es posible. Hacian un ruido infernal, pero lleno de alegría, con trompetillas y tambores que les habian comprado en la feria. Se habria podido decir que se mofaban del pobre pequeño rey. Se acostó sin haber cenado.

El consejo se reunió ocho dias despues, y al cabo de largas discusiones se declaró que el asiento de honor pertenecia al duque Maine; mas la feria de San German habia ya concluido.

No es este el solo pesar que la exigencia de la etiqueta causó al rey. No hacemos alto en una circunstancia en que pidiendo Luis una servilleta, dos señores ambos colocados detrás de él, se disputaron el derecho de dársela, y teniendo cada uno la servilleta por un extremo y rehusando que su rival la tomase, el rey, despues de haber esperado mucho tiempo con las manos en el aire, se vió forzado á recurrir á una tercera persona.

Mas el rey tuvo un pesar real con cierta incomodidad que esperimentó algun tiempo despues.

Mr. Charron, gentil-hombre ordinario, habia hecho presente al rey de varios arcos y aljabas provistos de sus flechas que habia traído de Turquía. Su Magestad gustaba reunir en la galería de Versalles ó en París sobre el terrado del palacio de las Tullerías, algunos jóvenes señores con los cuales se ejercitaba en tirar flechas y manejar el arco. El habia tambien fundado sobre este asunto una órden que se llamaba la órden del Terrado, y cuya insignia era una medalla oval y esmaltada, representando una estrella y por el otro la tienda en que jugaba sobre el terrado; los principales caballeros de la órden eran el duque de Chartres, el conde de Clermont, el duque de Harcourt, los marqueses de Nesle y de Nauges. El que manejando el arco se aproximaba mas al blanco, ganaba algunas alhajas dadas por el rey, y además era el dia siguiente el rey de la puntería.

El mariscal de Villaroy, dispuso que el joven Luis XV, bailase un bailete en imitacion del rey difunto Luis XIV, de quien era entusiasta admirador. Mas el rey no tenia todavía contraído el hábito del trato de las gentes: aun que bailaba bien, la timidez natural en su edad le causaba con esta di-

version, disfrutada en público, una fatiga que temia mucho. Se formaron no obstante las cuadrillas; mas á pesar de los ruegos del rey, se rehusó admitir en ellas la mayor parte de sus caballeros del arco. La mayor parte, bastante nobles para tomar parte en los juegos infantiles, no lo eran bastante para figurar con él en el baile. Privado de los compañeros que mas amaba, obligado á presentarse en espectáculo á pesar de su timidez, Luis XV bailó mal, se fastidió mucho, hizo cesar el baile mas pronto que se creia, y conservó toda su vida una gran aversion á ese género de placeres.

Afectos mas queridos todavía no tardaron en ser contrariados en el corazon del jóven príncipe: hemos dicho la desconfianza del regente y de sus ministros en que habia sido educado, y como ya privado de madama de Ventadour, á la cual se habia acostumbrado á llamar madre, habia tambien concentrado su afecto en su ayo y su preceptor.

Mr. de Villaroy, como hemos dicho tambien, profesaba un odio profundo al duque de Orleans, y el desprecio mas ofensivo al cardenal Dubois. Su carácter irascible le impulsó un dia á arrebatarse en términos que insultó gravemente al cardenal delante de toda la córte. Era difícil vengarse abiertamente de un mariscal de Francia, ayo del rey; el ministro ofendido figura tomar el ultraje que habia recibido por un acto de demencia; pero poco tiempo despues, cuando el mariscal se dirigia por la mañana á la habitacion del rey para llenar las funciones de su cargo, halló la antecámara llena de los compañeros de placeres del regente, y á la cabeza de estos estaba Lafare, capitán de guardias del duque de Orleans. Lo rodearon riendo y chanceándose, lo arrebataron y le hicieron entrar á pesar de su cólera en una silla de manos y de allí lo pasaron á una carroza preparada de antemano, y lo sustrajeron así de la córte sin que pudiera saber exáctamente si era la ejecucion de un orden del regente, ó una broma de jóvenes aturdidos acalorados por un buen almuerzo. Se avisó á su servidumbre que habia marchado á su tierra de Villaroy, y que podian ir allí á buscarle, porque probablemente prolongaría demasiado su residencia.

Pero al dia siguiente el cardenal y el regente no se vieron menos embrazados. El rey habia preguntado muchas veces en el dia por su ayo, y apenas se habia contentado con los diversos pretextos que se habian dado á su ausencia; pero cuando al siguiente dia por la mañana no le vió parecer, fué él mismo al cuarto de su preceptor, el solo hombre que le inspiraba confianza, para preguntarle lo que pasaba, y tener noticias positivas del mariscal. ¡Pero cuanta fue su admiracion y su desesperacion cuando supo que durante la noche el obispo de Frejus habia desaparecido de la córte, sin que nadie supiese su paradero! El rey no quiso escuchar á nadie, por mas protestas que se le hacian, persistia, como la cosa era probable, en creer que su preceptor habia sido arrebatado como Mr. de Villaroy. Y el jóven rey no era el solo de esta opinion; unos decian que el obispo de Frejus estaba deserrado, otros se adelantaban hasta creer que el cardenal lo habia asesinado.

Conviene figurarse, en efecto, la situacion de un pobre niño de nueve

años (esta era entonces la edad del rey) habituado desde su mas tierna infancia á creerse rodeado de enemigos que atentaban á su vida, y que, de pronto se ve privado al mismo tiempo de las únicas personas en quienes ponía su confianza y las creía su apoyo. Luis se creyó perdido, no dejó de llorar y se rehusó á tomar todo alimento: durante la noche no cerró los ojos y la pasó toda entera suspirando, gimiendo y dando agudos gritos.

Sin embargo, esta vez se acusaba equivocadamente al regente y al cardenal; ved aquí cual era la causa misteriosa de la partida de Mr. Fleury.

Este y el mariscal de Villaroy, temiendo las tormentas de la córte, habian creído asegurar mejor su posicion ligando estrechamente sus intereses; se habian recíprocamente prometido por escrito, que si uno de los dos llegaba á perder su empleo, el otro debia retirarse en el mismo instante á sus posesiones, para no volver á ejercer sus funciones uno sin el otro. En el momento de la desaparicion forzada del mariscal, el obispo de Frejus habia creído deber desaparecer igualmente para ser fiel al compromiso que existia entre él y Mr. de Villaroy.

El regente asustado por la desesperacion del rey, atormentado con las odiosas calumnias que se esparcian contra él, envió correos por todos los puntos de la Francia para saber el paradero de Mr. Fleury; en fin, la indiscrecion de un amigo lo hizo descubrir en Baviile, en casa de Mr. de Lamoignon. Se le hizo comprender la necesidad de su regreso, y el creyó que en una circunstancia tan imprevista y tan difícil como la que presentaba el pesar violento del jóven Luis, podia prescindir de la promesa que habia hecho al mariscal, y volvió al lado del jóven rey, á quien costó mucho consolar de la pérdida de su otro amigo, el mariscal de Villaroy.

EL CONDE DE FABRAQUER.

ODA.

MAROTO.

Soledades discretas,
Si es discrecion comunicar con pocos
Pasiones que secretas
Dicen á voces bárbaros y locos,
Con vosotras me entiendo
Que hablais callando y regalais riendo.
Cautivarme queria
Quien envidioso está de mi ventura
Con triste compañía;
Que suele ser prision una hermosura
Que con dulces cadenas

Tal vez dá por un gusto dos mil penas.

Mas precio yo, mi prado,
Ser rey de vuestras flores y belleza
Tejiendo coronado
Guirnaldas que regalen mi cabeza
Entre el arado y bueyes,
Que la diadema avara de los reyes.
Mas precio los vasallos
De mansas ovejuetas y corderos,
Que en coches y en caballos
La adulacion de hechizos lisonjeros,
Donde el engaño mira
Que á la verdad oprime la mentira.
Mas precio el pan moreno

Con la cebolla ó rústico tasajo,
 Que el banquete más lleno,
 Pues con la salsa dulce del trabajo,
 Sustento mi alegría
 Sin miedo de la torpe apoplejía.
 Mas precio cuando ordeño
 Las cabras en el tarro, que en él eche.
 Para brindar al sueño
 El pecho que sus pechos paga en leche,
 Licor blando y sabroso

Que el vino mas valiente y generoso.
 ¡Soledades hermosas!
 Con vosotras estoy solo casado;
 No quiero mas esposas
 Que la quietud de vuestro alegre prado,
 Que alivia mis desvelos
 Y conserva el honor sin tener celos.

TIRSO DE MOLINA.—(De *La Dama del Olivar*.)

PAGINAS SUELTAS.

MEDITACIONES DE UN PADRE DE FAMILIA.

(Continuacion.)

VI.

El momento ha llegado; yo he encontrado el peligro que buscaba, peligro tanto mas precioso, cuanto que no le alcanza á él solo, sino que llega hasta á mí; olvidemos discursos paternales y disertaciones elocuentes en el hogar; quiero ejemplos á la claridad del sol; que se comprometa mi persona lo mismo que la suya; en fin, ha llegado el momento de una verdadera leccion. Hoy lo que yo haga, y no lo que yo digo. Los temores de muchos corazones se realizan; una lucha en la calle es inevitable. Junio de 1866 será una fecha sangrienta en nuestros anales, y la suerte de España, va á decidirse tal vez mañana, puede ser esta misma noche. Yo marcharé y procuraré que él me siga. Vamos á buscarle.

Tres horas despues.

Yo salgo de su aposento. Desde que me vió se adelantó hácia mí con la alegría propia de un escolar, es decir, con un respeto afectado, inclinandose exageradamente y ofreciéndome el mejor asiento, diciéndome con voz grave, que estaba orgulloso de recibir á un hombre como yo, entregándose en fin, á todas las puerilidades de la ternura que tan vivamente atestiguan una union profunda y concluyendo por besarme diciéndome:

—¡Cómo te quiero!

¡Oh! cuando le sentí tan cercano, cuando le estreché contra mi corazon tan oprimido, tan afectuoso, tan bueno, y cuando me dije que por mi voluntad iba á ser dentro de algunas horas espuesto á la muerte.... ¡oh! entonces, mi corazon desfallecia, y brotaban las lágrimas en mis ojos. El lo vió, y me dijo al instante con acento de ternura que redobló mi dolor:

—¡Papá, papá! ¿qué tienes? ¿Tú lloras?

Yo hice un esfuerzo para reponerme.

—Estas lágrimas no son nada, hijo querido; pero se trata de un asunto grave, y quiero hablar contigo.

—Habla, papá; ¡habla pronto!.....

—Mi querido hijo; ya ves el estado de Madrid. La fermentacion ha llegado á su colmo; estamos amenazados de barricadas; los madrileños se preparan á salir armados á la calle; acaso al amanecer estalle la revolucion, y los hombres se batirán en las calles.

—Así he oido decir, respondió él con voz alterada.

Habia palidecido á la voz *batirse*. Volví á sentir mi corazon oprimido, pero afirmé mi voz.

—En semejante momento, un buen ciudadano no puede quedar en su casa; es preciso, es mi deber salir tambien á la calle.

El no respondió nada; sus labios se agitaban á pesar suyo.

—Solamente, añadí, cada uno puede llevar sus principios en el corazon. Muchos saldrán para pelear, para matar; pero yo pienso hacer otra cosa. A mis ojos, en la guerra civil, en la guerra de las calles, el deber de los ciudadanos armados no es el de disparar tiros, sino el de recibirlos..... ¡Oh! tranquilízate; nadie es inútil para esto: un hombre mas, aun cuando él no haga fuego. Marchar á lo mas fuerte del peligro, pero sin desenvainar la espada; protestar con mi presencia contra la revolucion y la ilegalidad; arrojarme entre los combatientes, si es necesario para impedir las venganzas y las atrocidades que deshonran siempre las guerras civiles; en fin, *batirme contra el mal*, he aquí mi papel. Y si yo soy muerto, al menos habré cumplido con mi deber, pero antes he querido venir á abrazarte.

El me habia estado escuchando sin decirme una palabra, pero palideció de nuevo; sin embargo su palidez no era ya la del miedo, ó al menos era la del temor por mí. ¡Ve uno tan claro sobre la frente de su hijo! A medida que yo le esplicaba mi resolucion, todo lo que habia en él de generoso, alumbraba su semblante con un sentimiento de orgullo, y cuando hube concluido, y aunque las lágrimas corrian por sus mejillas, cogió mi mano y me dijo:

—Tienes razon, papá.

Despues, como desfallecido por este esfuerzo, se lanzó á mi cuello sollozando.

Pasados algunos instantes, sentia que mi ternura hácia él era mas apasionada que nunca, tuve la fuerza de desprenderme de sus brazos, y proseguí lentamente y mirándole:

—No lo he dicho todo.

—¡Cómo! ¿qué resta todavía, gran Dios?

—Querido hijo, (y mi voz era temblona) tienes diez y siete años; tu edad te dispensa de lo que la mia me ordena; pero no pienses que existen deberes hácia los males, es necesario dejar de consultar su fé de bautismo lo mismo que su corazon. ¿El tuyo, no te aconseja nada?

—¿Cómo, papá?

—Sí, ¿no presumes que tu lugar está también donde está el mío?

Apenas pude terminar esta frase, y no me atrevia á mirarle. En fin, levanté mis ojos y..... ¡ay! y tenia sobre su rostro la misma vituperable palidez que yo le habia visto tres años antes, delante de su adversario; sus labios estaban contraídos, sus ojos amortiguados, y no respondia. Yo me callé también y esperé, sin dejar de mirarle. Muy pronto á esta espresion de dolor sucedió sobre su semblante una lucha de sentimientos temerosos; luego de repente, un violento esfuerzo levantó, por decirlo así, sus facciones contraídas por el miedo; este semblante un momento descompuesto recobró su armonía, y con una voz todavía alterada, pero donde se veia el sentimiento de la fuerza, y sobre todo, la voluntad de tenerla, me dijo:

—¡Es muy justo! Cuando tú bajes, yo bajaré también.

Salió precipitadamente de su aposento. Ahora pidamos misericordia al Señor, y cuando llegue el peligro hágase la prueba.

(Se concluirá.)

I. A. BERMEJO.

EL CARACOL Y LA ARAÑA.

FABULA.

Brotaba en una huerta
 Sonora fuentecilla,
 Regando con sus aguas
 Sabrosas hortalizas.
 Un caracol ocioso,
 Sobre la verde orilla,
 Cubierto de unas yerbas
 Su habitacion tenia.
 La tejedora araña,
 En su provecho activa,
 No descansaba un punto
 Mientras aquel dormia.
 Despierta, y admirado
 De su labor prolija,
 Los cuernos estendiendo
 La dijo así;—Vecina,
 —¿Por qué te afanas tanto
 Para ganar la vida?
 No cesas dia y noche,
 No cesas noche y dia.
 ¿Y qué fruto producen
 Tus idas y venidas?
 Siempre agitada vives,

¡qué vida tan maldita!
 De centinela siempre
 ¿Quién premia tus fatigas?
 ¿Y qué placer disfrutas?
 ¿Y cuál es tu comida?
 La sangre de una mosca
 Que por su mal sencilla,
 Quedó presa en las redes
 Que sin cesar fabricas.
 No mas, no mas trabajo,
 Solo de gozar cuida;
 De mí, tomando ejemplo,
 Aprende cuitadilla.
 Yo vivo en un palacio
 Que siempre llevo encima,
 Para dormir á gusto
 En soledad tranquila.
 Las mas preciadas flores
 Por mí quedan marchitas,
 Y cuando quiero cómo
 Cuanto la huerta cria.
 De noche me paseo;
 Si el sol ardiente brilla,

Oculto entre las yerbas
 Me tumbo panza arriba.
 Esto es gozar del mundo,
 Esto es gozar, amiga;
 El que trabaja es tonto,
 La holganza es mi divisa.
 —Pues bien, sigue la holganza,
 La araña le replica,
 Tú encontrarás el pago,
 Tú de ella serás víctima.
 No bien hizo la araña
 Tan triste profecía,

El hortelano llega
 Y al perezoso pisa.
 A su agujero corre
 La araña prevenida,
 Mientras aquel ocioso
 Despachurrado espira.
 ¡De cuántos infortunios,
 El trabajar nos libra!
 La ociosidad es muerte,
 La aplicacion es vida.

EL CONDE DE FABRAQUER.

VARIEDADES.

Amasis despues de la muerte de Apries, llegó á ser rey de todo Egipto, cuyo trono ocupó durante cuarenta años. Como su nacimiento era plebeyo, los pueblos al principio de su reinado no le guardaban consideracion alguna. Disgustóle mucho semejante desvio y se propuso que entraran en su deber por medio de la dulzura y la razon. Toma una jofaina de oro donde él y cuantos asistian á su mesa se lavaban los pies. La hizo fundir y construyó una estátua que espuso á la veneracion pública. Los pueblos acudieron con gran entusiasmo y prestaron toda clase de adoracion á la nueva estátua, El rey despues de esto les reunió á todos y les esplicó el uso vil que hasta entonces habia tenido el metal de la estátua, lo que no impidió, que despues de sabido, siguieran adorándola, pero al mismo tiempo comprendieron la leccion y tuvieron en adelante la deferencia y respetos debidos á la magestad real.

EL GENIO. Newton, efecto de sus profundas meditaciones, era sumamente distraido. Un dia su amigo el doctor Stukely fué á verle en ocasion de estar Newton en su gabinete trabajando. El doctor no quiso incomodarle y le esperó en el comedor. La comida, que se componia de un pollo frio, estaba servida, el doctor estimulado por el hambre, despues de esperar largo rato, se puso á comer y despachó toda la tierna ave, dejando los restos en la fuente. Newton salió por fin.

—Tengo hambre, dijo á Stukely, ¿quereis comer conmigo?

Y descubriendo el plato exclamó viendo solo los huesos del pollo:

—¡Ah, Dios mio! parece que ya he comido. Ved aquí que cosa tan desagradable son las distracciones.